

Mario bebe su café azucarado mientras un sabor amargo le embargaba el alma. Aunque para él, como materialista que era, tendría que tratarse de la mente. Aquello tenía que ver con Mireya, estaba claro, porque antes de irse a dormir le había enviado un mensaje, al cual no había respondido. Para colmo había tenido que soportar el mal humor de su madrastra nada más levantarse, siempre quejándose por todo. ¡Qué bruja!, se dijo. Entonces recordó que precisamente una le había perseguido en sueños aquella noche. Al final, siguiendo el consejo de Ángel, había dejado de huir y se había vuelto a preguntarle qué quería de él. Aquella mujer fea y vieja se había limitado a llorar desconsolada, balbuceando entre sollozos palabras inconexas. No hubo forma de sacar nada en limpio. Había perdido el miedo, aunque mirarla a la cara le había producido repugnancia, pues le recordaba a una fruta podrida. ¿Y si a todas las mujeres les sucedía algo similar? Si cuando eran jóvenes todos los hombres las deseaban y luego, con el transcurrir del tiempo, empezaban a despreciarlas, haciéndolas sentirse tan desgraciadas que acababan por convertirse en brujas malvadas. Tenía sentido. Casualmente hacía no mucho que había leído el libro de Bruno Bettelheim sobre el psicoanálisis de los cuentos de hadas. Ángel mantenía que tan solo el amor verdadero garantizaba el respeto hacia las mujeres en el transcurso del tiempo, pero que la sociedad primaba el interés sexual, especialmente a través de su prohibición, luego exaltación. ¿Podría ser que por Mireya hubiese sentido tan sólo deseo y que todavía fuese virgen del amor? El ejemplo que había visto en su propia casa tampoco resultaba demasiado alentador. Entonces se decidió a dar el paso y le pidió a su madrastra, la bruja en la realidad, que se sentara a su lado a tomar un café. Ésta, con la escoba en la mano, cómo no, pareció verdaderamente sorprendida. Lo primero que hizo fue tratar de arreglarse torpemente las greñas. Sacudió instintivamente el delantal y, tras permanecer un momento paralizada, como sin saber qué hacer, se lo quitó. Luego sonrió tímidamente, y hasta coqueta. Aquello le produjo repugnancia. La sensación de encontrarse en contacto con una fruta podrida estaba a punto de hacerle arrepentirse de su determinación de comportarse de un modo más humano con un ser al que siempre había considerado una especie de esclava o inferior. Pero la culpa era suya, pues era ella la que ofrecía esa horrible imagen a los demás. Seguro que a su padre le hubiera gustado una esposa más alegre, vivaz y culta; aunque tampoco había tantas mujeres así, y menos de su edad. A decir verdad, su propia madre, que algo había estudiado, también había terminado convertida en una sierva del hogar. ¿Y si la verdadera revolución se encontrara en acercarnos los hombres a las mujeres, la mitad de la humanidad a la otra mitad? ¿Y si el yo dividido del que hablaba Freud procedía precisamente de ahí? Entonces bebe un trago de café, y a punto ha estado de escupirlo, pues aquella mujer le produce náuseas.